

DISCURSO PRONUNCIADO POR FERNANDO CÓRDOVA BOSSANO, EN REPRESENTACIÓN DE LA FAMILIA, CON MOTIVO DEL HOMENAJE ÍNTIMO BRINDADO A SU ABUELO, ANDRÉS F. CÓRDOVA, POR SUS 90 AÑOS DE EDAD.

(Quito, 8 de mayo de 1982).

Querida Familia:

Para ocasión tan solemne como sublime, he preferido el discurso escrito al discurso improvisado. Tengo 40 años y los 40 años de mi vida he pasado consubstanciado a la vida de Papaíto. Por tanto, he tenido 40 años para preparar este discurso.

Querido Papaíto:

Me siento espiritualmente obligado a expresar que este es el momento más honroso de mi vida; honroso en su doble connotación: en la dirigirme a usted con motivo de este festejo de felicidad, de optimismo y de vida, por el cumplimiento de sus noventa años, y en la de hacerlo en nombre y representación de toda la familia, consanguínea y afín, y en particular de quienes, como hijos, nietos y bisnietos constituimos las ramas, las hojas, las flores y los frutos de ese formidable tronco común.

Agradezco esta noble e inmerecida distinción, que me llena de humilde orgullo y compromete mi gratitud, que es, en definitiva, la inteligencia del corazón.

Como nieto que soy, puedo afirmar que los nietos estamos ubicados en una posición de privilegio, porque somos hijos de nuestros padres y, a la vez, padres de nuestros hijos. Por eso nos encontramos en el seno familiar como la Humanidad ante el seno de la Historia: en medio de un gran recuerdo y en medio de una gran esperanza.

Este discurso de ofrecimiento es un discurso apenas simbólico, porque el homenaje no está precisamente en mis palabras, sino en la presencia de todos nosotros alrededor suyo, que es una presencia de amor, de alegría, de orgullo, de sentido vital, de optimismo, de alborozado encuentro

familiar, para rendir tributo a usted en sus 90 años, que es tributo a la fecunda vida que ha llevado, que es tributo al padre, abuelo y bisabuelo ejemplares del ayer y del presente y que es tributo al ser humano de hoy y de siempre y a la personalidad, acaso, más recia de nuestra ecuatoriana Historia.

Si alguna persona, no entre muchas, sino entre pocas, ha podido cristalizar en la vida aquel fognazo de Machado de que “caminante no hay camino, se hace camino al andar”, esa persona ha sido usted.

Yo no le concibo a usted en su niñez y en su proyección vital, sino a la luz de la frase del poeta Wordsworth de que “el niño es el padre del hombre que lleva por dentro”. Es que desde niño usted frente a la adversidad tuvo empuje de tempestad y ternura de golondrina.

Si el poeta argentino Almafuerite (Pedro Bonifacio Palacios) tuvo la inspiración para crear la poesía que voy a citar, ese poeta de la vida, el ecuatoriano Andrés F. Córdova –cuyo nombre y apellido originales son el de Andrés Fernández de Córdova Nieto–, tuvo la maravilla de vivirla:

“No te des por vencido

ni aun vencido.

No te sientas esclavo

ni aun esclavo;

trémulo de pavor,

piénsate bravo,

y arremete feroz

ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido

que ya viejo y ruin vuelve a ser

clavo

pavo  
ruido.  
llora  
vengadora  
cabeza!”

y no la tremenda impavidez del  
que amaina su plumaje al primer  
Procede como Dios que nunca  
o como Lucifer que nunca reza  
o como el robleal cuya grandeza  
necesita del agua y no la implora.  
¡Que muerda y vocifere  
ya rodando por el polvo tu

Es que usted, Papaíto, hizo de la adversidad su triunfo. Más aún, cuando las espinas de la vida se clavaron en su corazón, su corazón hizo que esas espinas se transformaran en rosas de perfume transparente.

Usted Papaíto que, desde los primeros años de su vida, a falta de juguetes que llevaran alegría a su espíritu, tuvo que empuñar en sus manos las herramientas del trabajo que llevaran pan a su familia; usted que no ha conocido la derrota, que no se convirtiera en éxito, porque desde sus pasos iniciales en la vida tuvo vocación de triunfador; usted, Papaíto, que es síntesis y desarrollo de las más altas virtudes humanas y sublime expresión de las más fecundas de las proyecciones.

La vida, en el fondo, es un largo viaje. Y la vida, como todo viaje, es un viaje alrededor de uno mismo. Cuando se avanza por ese camino, es uno el que gira alrededor del mundo; después el mundo gira alrededor de uno; pero, cuando se llega a esa augusta serenidad y sedimentación de la madurez, es uno el que gira alrededor de sí mismo. Por eso, la vida de los grandes hombres se parece a nuestro sistema planetario y la vida de los

hombres de excepción se asemeja al sol que, dentro de su extraordinaria aventura cósmica, tiene la capacidad, como en el caso suyo, de brindar calor de vida y luz de inteligencia.

Nosotros no debemos solamente preguntarnos qué es lo que usted ha sido, sino también qué es lo que usted no ha sido, porque simplemente usted ha sido un ser humano íntegro e integral.

Como educador, fraguado en más de medio siglo de enseñanza, ha sido usted inspirador y guía, ejemplo y vocación para inúmeras generaciones; como Maestro ha llegado a las más altas cumbres del pensamiento y de la doctrina; ha enseñado a sus alumnos a que aprendan a aprender y a razonar con lógica severa; como abogado usted se identificó con su propio yo al escoger sobre todo el campo penal, porque si el derecho civil nos habla del “haber”, el derecho penal nos habla del “ser” y del íntimo drama humano frente a su tragedia con la ley; ¡ah! y como jurisconsulto, como penalista y como orador y polemista, su lengua ha sido badajo de campana que ha tocado a rebato contra todas las injusticias de la miseria humana.

Como jurista –quizá el más grande jurista de la historia republicana de la Patria–, que no se contentó con ejercitar pensamientos, sino con ejercerlos y consagrarlos en las leyes y en sus profundas obras de derecho; como parlamentario, la voz altiva, el talento profundo, la lucha militante por las elevadas causas de la nación y los supremos ideales de la sociedad; como agricultor, el hombre que triunfó hasta en sus pocos fracasos, porque en este sentido no interesa que Bahuanchi, símbolo del apego de la familia a la heredad de sus raíces, haya sufrido algunos reveses productivos que también sirvieron para la experiencia. Interesa sí, lo que usted hizo con su vocación multifacética de ejecutor nato, que lo llevó hasta la realización de audaces obras de ingeniería y arquitectura, fruto del diseño y de los cálculos estructurales de un jurista. Cosa ésta realmente increíble y paradójal.

Usted es un hombre que en la arena política no ha tenido enemigos, sí, en cambio, adversarios. Pero usted fue siempre un adversario leal y el adversario leal tiene siempre algo de amigo.

Pero usted no sólo cantó a la armonía social a través del derecho y de la justicia. Lo hizo a través de la música como compositor tierno y sensible ejecutor de no pocos instrumentos musicales. Cantó al ser humano y cantó su propio canto a través de la poesía; a la verdad a través de toda su vida; al periodismo a través de su pensamiento convertido en luz orientadora y en látigo centellante.

¡Ah! y como político, como político y estadista, y como liberal radical sin mancha, convirtió a la política en el arte y en la ciencia de la honestidad y del señorío, luchando inclusive contra el oscurantismo, el populismo y contra la demagogia audaz y el engaño impúdico y dirigiendo con inmenso patriotismo y con no poca brillantez los destinos de la nación ecuatoriana como Presidente de la República por sucesión constitucional y desde otras elevadas y diversas funciones públicas. Luchó usted como pocos en la historia nacional por la reivindicación de los humildes y de los proscritos, dentro de una concepción humanista integral por la dignidad individual y colectiva y por el imperio de su humana condición.

Como padre, ¡ah! como padre, amigo y compañero, usted, Andrés F. Córdova Nieto, compartió con Mamaíta, Rosario Galarza Arízaga de Córdova, tiernamente, ser las raíces de la familia y el camino mismo de la familia, que hoy se reúne alborozada entre agradecida y orgullosa. Usted, en acción compartida y creadora, sembró en sus hijos, desde Lucrecia hasta Manuel, y ellos en los suyos, lo que usted está cosechando y constatando: el deber de la virtud, el sentido del límite, la veneración por la Patria, la acrisolada honradez, la responsabilidad familiar, la ternura de la condición humana, la solidaridad familiar, el respeto a los valores, la bondad y la gratitud, a fin de que podamos convertirnos en personas y en ciudadanos de bien. ¡Qué más puede esperar una familia y qué más pueden esperar sus beneméritos y benditos progenitores!

Papaíto, he aquí su obra; he aquí la cristalización profunda de su sabia vital. He aquí a sus nietos que mirando a sus padres y mirando a sus propios hijos, hacia el este y hacia el oeste, tienen la conciencia de que siempre están mirando hacia el norte de la vida. He aquí, más que mi modesto discurso, el grandilocuente homenaje que le rendimos con orgullo y gratitud de usted y con orgullo, inclusive, de nosotros mismos.

Y qué decir de ciertas características de su personalidad, qué decir de su pasión, sino que “un hombre sin pasiones es como un candil apagado: no produce humo, pero tampoco ilumina”; qué decir de su vehemencia, sino que una ardilla, “esa ave de miércoles”, con vocación por las manzanas, pagó un día con súbito susto semejante atrevimiento. Es que la ardilla no contó con la astucia del doctor Córdova. Qué decir de su íntima ternura humana, sino que ahí donde la naturaleza puso un desierto, usted lo convirtió en cálido vergel; qué decir de su templanza y fortaleza, sino que usted simplemente venció al tiempo, vencíéndose a sí mismo; qué decir de sus zapateos, de sus golpes de puño en la cabeza; qué decir de sus famosos “so carajo”; de las cometas vertiginosas sacudidas por el viento, de los globos que sólo la minga familiar de nosotros los nietos-niños logra elevarlos; del trigo que se levanta orgulloso en los aires sobre las eras; del árbol grande de Bahuanchi; de sus conminaciones, años después, contra aquellos pobres que de vez en cuando en contadas excepciones, probábamos algún pobre y solitario trago; qué decir de la fotografía; de la hoja de capulí que se transforma en dulce melodía al contacto con sus labios; qué decir, en fin, de tantas y tantas cosas, sino que en su fondo multifacético usted es un varón que supo ser y trascender y que supo llegar inclusive más allá del deber ser, porque supo convertir el ideal en realidad y la realidad en renovados ideales. ¡Por eso, cantamos su maravilla!

Querido Papaíto: Le hablo en nombre de toda la Familia; le hablo en nombre de sus hijos, nietos y bisnietos, es decir, en nombre de su “yo” que llegó a nosotros y que en nosotros permanece como luz que da calor, pero que también ilumina.

Le hablo para expresarle nuestra admiración por sus noventa años de vida, más que de existencia simplemente acumulativa de los años, de esos noventa años que constituyen la vida de la familia y un trecho de gloria en la inmortalidad de la Historia. Le hablo, en fin, en el contexto de “Mis Primeros 90 Años”, que son, al mismo tiempo, condensación y título de su autobiografía recién publicada, para desearle toda la felicidad posible, presente y futura, que nosotros desde siempre y desde ya compartimos en usted y con usted, seno latiente de esta familia de hermandad.

La vida es, básicamente, lucha y usted, Papaíto, ha sido digno de esa lucha porque ha sido digno de la vida. A qué mayor grandeza y sublimidad puede aspirar un hombre. Permítanos pues compartir esa grandeza para que nuestra pequeñez sienta que se eleva.

Deseo, finalmente, citar una frase de mi benemérito Padre, Gonzalo Córdova Galarza, quien, inspirado en su amor hacia usted y hacia Mamaíta, ha sintetizado esencialmente nuestro sentimiento colectivo: “Si mi amor se pudiera medir, el infinito sería una medida insuficiente.”

He terminado, Papaíto.